

BREVE SEMBLANZA DE UN «ENSANCHE»

En la segunda mitad del siglo XIX, ninguna ciudad marroquí, y seguramente ninguna ciudad africana, disfrutó de los «adelantos modernos» que llegaron a Tetuán con motivo de la ocupación española tras la llamada «Guerra de África» (1859-1860). El saneamiento de las aguas residuales, el alumbrado público, los hospitales, la recogida de basuras, la imprenta, el teatro, la prensa, un círculo recreativo, los cafés y otros usos y servicios que eran comunes en las ciudades europeas estuvieron presentes en la ciudad del Dersa entre febrero de 1860 y mayo de 1862. Inmediatamente después de la evacuación de la ciudad que España mantuvo en su poder para garantizarse el cobro de la indemnización de guerra que estipulaba el Tratado de Wad-Ras, todas esas novedades se volatilizaron. Y la medina morisca, cuyo núcleo más antiguo data de 1148, arrasada por los portugueses en 1437 y reconstruida a partir de 1493 por Sidi Mandri y sus huestes expulsadas de Granada, recuperó su antigua fisonomía. Así permaneció hasta la entrada en la ciudad en febrero de 1913, tras los acuerdos de Protectorado, del gobernador militar de Ceuta, don Felipe Alfau Mendoza. Este ocupó la residencia consular que O'Donnell estableciera en un edificio ajardinado situado en el espacio conocido como *Feddán* (y que denominó plaza de España), muy cerca del palacio erigido por el bajá Er-Riffi en el siglo XVIII, que iba a convertirse en residencia del primer jalifa del sultán, a punto de entrar en la ciudad, lo que, para recibirlo, acució la llegada de quien habría de convertirse en primer alto comisario de España en el Protectorado de Marruecos.

El decreto del establecimiento del Protectorado español en Marruecos hace hincapié, principalmente, en el respeto al pueblo marroquí, a su fe, costumbres, tradiciones e idiosincrasia. Por eso, al plantearse la construcción de la ciudad europea (el «ensanche»), se eligió la opción de llevarla a cabo a continuación de la medina histórica, aprovechando el extenso *Feddán* como elemento articulador. El Protectorado francés, por su parte, prefirió construir sus ensanches separados de las viejas medinas. La opción española buscaba facilitar la convivencia entre dos culturas obligadas a compartir un mismo espacio vital. Se desecharon, para ello, otras dos opciones, ambas inspiradas en el modelo

francés: construir la ciudad europea en terrenos próximos a Sania Rmel (donde precisamente se está levantando hoy «el nuevo Tetuán» en el barrio conocido como «la Wilaya») o en terrenos situados en lo que hoy día es la salida de la carretera hacia Tánger. Algunos promotores, como don Emilio Feliú, presidente de la Cámara de Comercio de Barcelona, y su socio, el señor Oliva, se precipitaron en adquirir terrenos financiados por el Fiducia Bank de Tánger.

Pero el *Feddán* era un espacio intramuros, cercado en su parte oeste por el lienzo de muralla que discurría desde Bab Tut (Puerta de las Moreras), conocida como Puerta de Tánger durante el Protectorado, hasta Bab Rmuz o Puerta de la Luneta. Y parte de ese lienzo tuvo que ser derribado para acometerse toda la obra del «ensanche».

Tras ese derribo se impusieron dos tareas como prioritarias: la primera, urbanizar la plaza de España, dotándola de parterres, alumbrado, algunos quioscos y arbolado, por la ubicación en ella de las residencias de las dos principales autoridades del Protectorado, la Alta Comisaría y el Palacio Jalifiano, y la segunda, construir los acuartelamientos para albergar a las tropas que hasta entonces ocupaban un extenso campamento general de tiendas de lona.

El trazado de la nueva ciudad, supeditado a las necesidades de la guerra, se hizo desenfilando las calles —estratégicamente— de la acción bélica que podían ejercer sobre ellas las posiciones rebeldes de los montes cercanos, aislándolas completamente de posibles y futuras contingencias. La construcción de tres cuarteles establecerá los ejes de crecimiento de la ciudad. Al sur se alzó el cuartel de Cazadores, más tarde denominado Gómez Jordana en honor al tercer general que ocupó la Alta Comisaría, fallecido en su despacho en 1918. Obra de ingenieros militares, su construcción en fábrica de ladrillo y mampostería de piedra se remonta a los años 1914-1915, sobre una parcela de doce mil metros cuadrados. Otro de aquellos tres primitivos cuarteles fue el de las Fuerzas Regulares (hoy en estado de ruina), al norte de la ciudad, justo al lado de la alcazaba que Sidi Mandri erigiera en la ladera del monte Dersa, desde donde se ofrece una amplia panorámica de toda la vega del río Martín o Martil y del camino de Ceuta, por donde podían llegar incursiones portuguesas. El tercero se construyó en los terrenos donde estaba emplazado el campamento militar, al

oeste de la ciudad, y recibió el nombre del general Marina, sucesor de Alfau y por tanto segundo alto comisario. Se demolió en 1948 para levantar en su lugar los conocidos como «Pabellones Varela», doscientas cincuenta viviendas para albergar al creciente contingente militar que se establecía en la ciudad. El proyecto lo firmó el arquitecto Juan Arrate Celaya.

El llamado «Feddán» (el bancal) no era el único espacio exento dentro del recinto amurallado. Entre Bab Nuader (Puerta de Fez en el Protectorado) y Bab Tut (Puerta de Tánger) había una extensa explanada que se conocía con el nombre de plaza de Agattásh. En la prensa de la época aparece descrita como «magnífica huerta de mil pies de longitud por 300 de latitud». Las fuerzas de ocupación de O'Donnell talaron sus árboles y cegaron las zanjas para levantar en el lugar barracones de almacenamiento que desaparecieron al evacuarse la ciudad. El espacio no recuperó nunca su uso anterior y quedó vacío hasta que durante el Protectorado se edificó el cuartel de Artillería. Ingenieros militares construyeron una puerta que se integraba perfectamente en la muralla. Su uso hoy día, desmantelado el cuartel, es el de aparcamiento de vehículos, el único que existe en la ciudad.

Fruto de la iniciativa privada fue el edificio situado dos manzanas al norte del cuartel de Cazadores que, concebido para viviendas, promovió don Francisco Picayo Rivero con proyecto del arquitecto Carlos Ovilo (1913-1914). De «impresionante oasis en la inmensidad del descampado» lo calificó un periódico de la época. No llegó a cumplir las funciones para las que fue concebido porque lo adquirió inmediatamente el Majzén para sede de la Delegación de Fomento (como todavía puede leerse sobre su puerta de acceso, aunque hoy alberga las instalaciones del Instituto Cervantes) con sus anexos de Correos y Telégrafos. El edificio se convirtió en el entonces núcleo del «ensanche» (el crecimiento de la ciudad no se produjo, como podría suponerse, por la que hoy es su arteria principal, sucesivamente calle de Alfonso XIII, calle de la República, calle del Generalísimo Franco y, actualmente, avenida de Mohammed V). En sus aledaños surgieron casi al mismo tiempo otras plantas bajas, aunque las dos edificaciones más notables por su volumen y por incorporar por vez primera elementos ornamentales locales fueron el «Grupo Escolar España», frente por

frente a la Delegación de Fomento, y el Mercado de Abastos, que se construyó en lo que fuera Zoco del Trigo, por respeto al lugar donde tradicionalmente se celebraban los mercados semanales. Terminado este en 1917, su proximidad a la Alta Comisaría y al Palacio Jalifiano se reveló como inconveniente por razones de seguridad y por las molestias inherentes a la aglomeración humana que se producía, lo que lo condenó a ser demolido a principios de los años cuarenta. El nuevo mercado, junto al cuartel Gómez Jordana (en terrenos que se conocían como las «Cuevas de Borbón»), fue obra de los arquitectos Casto Fernández-Shaw y José Miguel de la Quadra-Salcedo, que incorporaron al proyecto un año más tarde a su colega Tejero Benito. A esta primera época pertenece también el Centro Médico (al norte del «ensanche», cerca de Bab Tut), conocido popularmente como Dispensario, con proyecto de Juan de Talavera y que hoy día sigue en servicio.

Correspondió a un grupo de promotores sefardíes desarrollar los proyectos que, a partir de este núcleo inicial, se construyeron en dirección oeste, por la calle que aún hoy lleva el nombre de Mohammed Torres. La que se convertiría en arteria principal de la ciudad, es decir, su inmediatez paralela hacia el norte, estaba todavía en proceso de urbanización con obras de acondicionamiento en el espacio conocido como «Zoco del Trigo», la zona del *Feddán* más próxima a la muralla que fue necesario derribar. Moisés Sananes promovió el edificio frente al grupo escolar antes señalado y, más al norte, en la esquina que hace chaflán con la avenida principal de la ciudad, Elías Benatar levantó otro, hermoso edificio terminado en 1916, como se señala en una placa de mármol sobre el portal de entrada. Entre los años 1914 y 1917 se produjo un rápido desarrollo de toda la calle Mohammed Torres hasta su cruce con la que después se denominaría calle Sidi Mandri pero que en aquel entonces era el límite de la ciudad, lugar conocido como «el parapeto»: más allá se extendía el campo abierto. Los señores Benalal, Garzón, Bentata e Israel promovieron, con proyectos de Carlos Ovilo, edificios en las esquinas de la izquierda y la derecha de esa calle de Mohammed Torres en su confluencia con el «parapeto», edificios con fachadas terminadas en azulejos, verdes y blancos en una de las esquinas y simplemente blancos en los otros dos edificios, con miradores en el chaflán. El segundo de estos edificios, el situado más al norte, se construyó haciendo esquina (y con entrada) por la que sería la calle principal, avenida de Alfonso

XIII. En 1917 el empresario José María Escriña inauguró en la calle Mohammed Torres el Hotel Alfonso XIII (después Hotel Nacional), con lo que ese año todo el tramo comprendido entre la Delegación de Fomento y el «parapeto» quedó terminado.

En ese primer cuatrienio de andadura del Protectorado, cuando todavía su situación estaba lejos de encontrarse estabilizada (las relaciones entre la Alta Comisaría y El Raisuni eran tempestuosas y se vivía en toda la región de Yebala una inseguridad latente), la Administración atendió, conforme a su plan de actuaciones, al alojamiento de las tropas, la enseñanza, la sanidad y el abastecimiento de la población. Y también a la indispensable comunicación con Ceuta mediante la construcción del ferrocarril Tetuán-Ceuta y sus correspondientes estaciones intermedias. Las estaciones gemelas de las dos ciudades son obra del ingeniero de caminos Julio Rodríguez Roda, como también lo son las pequeñas estaciones intermedias situadas en Malalien (hoy un palacio de celebración de bodas), Rincón del Mdiq (desaparecida), Negrón —medio en ruinas—, Dar Riffien —apenas reconocible—, Miramar y Castillejos (Fenideq). La estación de ferrocarril de Tetuán fue inaugurada en 1918 por S. A. I. el jalifa Muley el Mehdi, a quien acompañaron el infante don Carlos de Borbón y su esposa.

Los años veinte se iniciaron con los tremendos sucesos de Annual en la zona oriental del territorio y el consiguiente ambiente de zozobra que, sin embargo, no arredraron a los inversores. Aunque con los altibajos propios de una situación de inestabilidad, el crecimiento de la ciudad se desarrolló pausadamente: la calle principal, cubierta ya de edificios, sobrepasó el «parapeto» y dio comienzo el trabajo de urbanización de la otra plaza principal que Carlos Ovilo incluyó en su Plan Urbanístico, situada más hacia el oeste, la plaza de Muley el Mehdi (en honor del primer jalifa, fallecido en 1923). La preside un edificio emblemático, la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias, obra del mismo Carlos Ovilo (1926-1927) cuyo hermoso interior, maravillosamente logrado, se inspiró en la sinagoga de Santa María la Blanca de Toledo. Otro edificio próximo al templo se debió a la iniciativa del promotor José María Escriña y en él, por algún tiempo, tuvo su sede el colegio Nuestra

Señora del Pilar, perteneciente a los marianistas; fue su tercera ubicación (la primera, en 1915, en plena medina antigua, cerca de Bab Mqabar o Puerta del Cementerio y la segunda en la casa de azulejos verdes y blancos de la calle Sidi Mandri). Este edificio recibió el impacto —con las víctimas consiguientes— de un disparo de los tantos que lanzó en 1924 un cañón que los rifeños habían situado en una cueva inaccesible de la cordillera del Gorgues y que la población tetuaní denominó «el Felipe». Al otro lado, a la izquierda de la iglesia, Salomón Benalal hizo levantar el último edificio que proyectó en Tetuán el arquitecto Carlos Ovilo, y que completaba la plaza de Muley el Mehdi.

Como consecuencia de la campaña del Rif se empezó a construir en 1921 el Hospital Militar Gómez Ulla en el límite oeste de la ciudad. Sobre una parcela de 6,7 hectáreas se levantaron los distintos pabellones en fábrica de ladrillo y mampostería de piedra, como era habitual en las edificaciones militares. Llegó a disponer de mil quinientas camas que, según las necesidades que imponían las contingencias militares, aumentaban su número en barracones de madera improvisados sobre la marcha. Se inauguró oficialmente en 1926 —aunque entró en funcionamiento mucho antes— y al año siguiente recibió la visita de los reyes de España don Alfonso XIII y doña Victoria Eugenia. En la calle principal destacaban ya una serie de hermosos edificios como el promovido por Pedro Pompeyo Castelló Poveda —justo haciendo esquina al «parapeto»—, el que se levantó a iniciativa de Isaac Toledano (que una vez terminado se acondicionó como Casino español) y el singular pasaje Benarroch, obra del omnipresente Carlos Ovilo.

La otra plaza, la situada en el *Feddán* —que recuperó el nombre de plaza de España desde el inicio del Protectorado— experimentó en 1928 su gran transformación gracias al empeño de un diplomático de inolvidable memoria, Isidro de las Cagigas, en sus funciones de interventor local. Colaboró con el entonces arquitecto municipal José Gutiérrez Lescura en el proyecto que convirtió el lugar en una plaza morisca, con un templete de factura granadina en el centro y pavimentada con guijarros de colores que dibujaban en el suelo diferentes alfombras orientales, un trabajo primoroso que hizo de la plaza un lugar único. En su proximidad, el más importante edificio se debió a la iniciativa

de los empresarios Doroteo de Carlos y José Contreras y el arquitecto José Gutiérrez Lescura, que se asociaron para construir el Teatro Español (1923) en el mismo lugar donde Doroteo de Carlos había tenido un barracón llamado «Cinema Park» dedicado a teatro-cine, sustituto de un teatro portátil propiedad del empresario Florencio Masdeu en el Zoco del Trigo. La primitiva fachada del Teatro Español, con hermosos elementos locales en su diseño, muy del gusto de Gutiérrez Lescura, fue reformada al inicio de los años cuarenta y despojada de su preciosa estética primitiva. Y de esas mismas fechas es el espléndido edificio que se construyó para albergar la Delegación de Asuntos Indígenas, obra de Juan de Talavera, en manzana exenta.

Con la «pacificación» del Protectorado en mayo de 1927 (la entrega al ejército del armamento que numerosas cabilas mantenían en su poder) el crecimiento de la ciudad conoció un desarrollo acelerado. El fin de la llamada «campana de Marruecos» supuso el repliegue de las tropas diseminadas por todo el territorio, y con ellas se retiraron en número considerable los cantineros, los vendedores ambulantes que las acompañaban, los que reciclaban materiales de desecho de las tropas, toda una legión de personas sin cualificación cuya vida se desarrollaba en torno al ejército. Se establecieron en Tetuán confiando en que, como capital del Protectorado, les ofrecería mayores oportunidades para desenvolverse. Pero las viviendas del «ensanche» quedaban muy lejos de su alcance económico y acabaron por instalarse en las faldas del monte Dersa, entre el morabito de Sidi Talha y el Hospital Militar, en construcciones precarias, barracas y tinglados. Para acomodarlos dignamente la administración empezó a construir viviendas económicas que enseguida recibieron el nombre de «Barrio de Málaga» por ser malagueño el primer comerciante, Pedro Rodríguez, que instaló una bien surtida tienda de comestibles.

En los años treinta se acometieron, entre otras, dos obras relevantes: el Banco de Estado de Marruecos en la calle Sidi Mandri, espléndido edificio de José de Larrucea Germa, y el parque que llevó el nombre del cónsul Cagigas mientras duró el Protectorado, inaugurado en 1935 por el alto comisario Rico Avello como homenaje a un hombre que, aparte de eficaz diplomático y excelente arabista (autor de libros imprescindibles sobre la España musulmana), dedicó

buena parte de su tiempo como interventor local al embellecimiento de la ciudad, tarea que compartió con Mariano Bertuchi Nieto.

La gran transformación del ensanche se produjo una vez terminada la Guerra Civil en España. Ocupaba la Alta Comisaría el general Orgaz Yoldi (en su segunda etapa, ya que antes había sido también alto comisario entre 1936 y 1937) cuando obtuvo para la Corporación Municipal (1942-1943) un presupuesto extraordinario de veinte millones de pesetas, anticipo hecho por la Caja General de Créditos, que puso a disposición de la iniciativa privada los solares que habían quedado al inicio de la vía principal, en su confluencia con la plaza de España, tras el derribo del Mercado de Abastos. Así surgieron los edificios construidos por La Unión y el Fénix (terminado en 1946) y Mohammed Benabud, con soportales a esa calle principal, y los de La Equitativa, Fundación Rosillo, Benatar y Mohammed Achaach en la entonces calle del Alcázar de Toledo en dirección al cuartel Gómez Jordana, con soportales frente al Teatro Español. En esos años se inauguró la importante fábrica de tabacos del industrial José Jorro Andreo, situada frente al parque del Cónsul Cagigas, en el cinturón exterior sur del «ensanche», espléndido edificio debido a José Miguel de la Quadra-Salcedo.

Conforme al Plan de Ordenación redactado en Madrid en 1943 por el arquitecto Pedro Muguruza (que no llegó a aplicarse en su totalidad) se remodeló la plaza de Muley el Mehdi y se dotó de soportales al edificio situado al este de la misma, entre la avenida principal y la entonces calle del Moro Vizcaíno, hoy de Mohammed Benabud. Terminadas las obras en 1949, el edificio se repartió entre la empresa concesionaria de las comunicaciones telefónicas y telegráficas Torres Quevedo, S. A. y la sede del Banco de España, y hoy está ocupado por el Consulado General de España.

En un recorrido por el «ensanche» tan apresurado como el presente es mucho lo que inevitablemente ha quedado sin ser recogido. Pero no sería de ley ponerle punto final sin mencionar a todos los arquitectos que hicieron posible el milagro de hacer surgir de la nada una ciudad entera en cuarenta años mal contados. Ellos fueron Carlos Ovilo, José Gutiérrez Lescura, Juan de Talavera, José

Miguel de la Quadra-Salcedo, Ramón Moya, Juan Arrate, Francisco Hernán,
José de Larrucea Germa, Manuel Latorre, José María Tejero, Casto Fernández-
Shaw, José María Bustinduy y Alfonso de Sierra Ochoa.

Ricardo J. Barceló